

**Monografía CEDICE No. 3**

**CAPITALISMO Y CRISIS ECONÓMICA**  
3ra. Edición

**Sven Rydenfelt**

Una de las características sobresalientes de las crisis económicas de los años 30 y 70 de este siglo -esta última sigue presente en los años 80- es su surgimiento simultáneo en varios países, simultaneidad que sugiere una causa común. Hoy en día, parece evidente que la única causa posible de estas crisis es la política económica llevada a cabo por los países afectados.

El fenómeno de las modas se da no sólo en el plano de la vestimenta, sino también a nivel de las políticas económicas. Gobiernos de diferentes países aplican prácticamente las mismas políticas –la misma política monetaria, la misma política fiscal, la misma política de bienestar social, la misma política laboral casi independientemente del corte político del régimen.

Cada uno de nosotros está indocinado por las teorías de su propia época, ideas y evaluaciones en el campo socio-económico y en otros campos también. Actuamos, en realidad, como encerrados en nuestras propias camisetas de fuerza mentales como si sólo una minoría de nosotros pudiera liberarse y pensar libremente.

Desde el principio, se han observado fluctuaciones económicas cíclicas en las economías de los países industriales fluctuaciones entre períodos de auge y períodos de depresión, que tendían a intensificarse cada vez más. Karl Marx analizó estos ciclos con mucho interés y concluyó que las depresiones del sistema capitalista, con su desempleo masivo debido a razones “tecnológicas”, al fin y al cabo irían multiplicándose hasta el derrumbe total del sistema. Y, durante mucho tiempo, el punto de vista de Marx pareció correcto. Si bien las primeras depresiones -incluyendo a la devastadora crisis de postguerra de principios de los años 20- fueron rápidamente seguidas por períodos de recuperación, la Gran Depresión de los años 30 fue mucho más duradera. A medida que iban transcurriendo los años en esa tercera década del siglo, cada vez más gente en muchos países llegó a creer que el desempleo masivo era un fenómeno insuperable, como una enfermedad social crónica. En 1938, el último año antes de que estallara la segunda Guerra Mundial, la tasa de desempleo en Estados Unidos aún estaba en 19 por ciento.

Durante los años 30, cuando sólo existía un Estado socialista en el mundo, y cuando sólo el mundo capitalista estaba afectado por la depresión, todos los socialistas del mundo ensayaban cánticos funerales en previsión del inminente entierro de un sistema capitalista desahuciado. Al mismo tiempo, clarines de triunfo se oían desde el este, donde el primer plan quinquenal soviético había sido inaugurado en el otoño de 1928. En Occidente, había desempleo masivo y parálisis económica, mientras que el este vivía una explosión de inversión y expansión, auge económico que acarreó no sólo una situación de pleno empleo, sino también escasez de mano de obra. El contraste no pudo haber sido más agudo. En su autobiografía Arthur Koestler describe la situación de esta manera:

En Rusia, el Primer Plan Quinquenal estaba transformando, mediante una serie de saltos gigantescos, el país más atrasado en el país más adelantado de Europa... El contraste entre la tendencia a la contracción del capitalismo, y el simultáneo auge sumamente rápido de la economía soviética planificada, era tan impactante y evidente, que conducía a la conclusión igualmente evidente: “ellos son el futuro y nosotros el pasado”

## **LA CRISIS ACTUAL DEL CAPITALISMO**

Si comparamos la depresión de los años 30 con la depresión que se manifestó en forma completa en los años 70 de este siglo, y aún sigue en los años 80, la diferencia más notable entre ambas es que, en la crisis actual, tanto el mundo capitalista como el socialista han sido afectados. Este hecho sugiere la posibilidad de una causa común. Ya que cada lado tiene un fuerte interés ideológico en presentar un perfil diferente, ambos tienden a exagerar sus diferencias y a minimizar sus parecidos. En realidad, los Estados capitalistas de corte populista de Occidente y los Estados benefactores socialistas del este difieren menos el uno del otro de lo que se cree generalmente.

Tal como lo plantea la tesis fundamental de este libro, las raíces de las crisis estriban en políticas gubernamentales que aniquilan los incentivos para producir. En el mundo socialista este fenómeno es particularmente evidente en la agricultura; en el mundo capitalista, se manifiesta más agudamente en los otros sectores de la economía.

Empecemos por explicar que toda actividad empresarial implica riesgo de perder y posibilidades de ganar, como en un juego de lotería. Si la gente está dispuesta a arriesgarse a perder, las posibilidades de ganar deben ser suficientemente buenas como para compensar los riesgos. En una lotería, son los premios más gordos los que atraen a los participantes; lo mismo vale para una empresa industrial. Los premios más importantes -las ganancias- son escasos, pero son indispensables como alicientes. Un hecho significativo de los Estados benefactores modernos de Occidente, en los que los consumidores y los empleados constituyen una mayoría política y poseen un importante poder político -el aparato de coerción del Estado- es que esta mayoría, particularmente durante los últimos diez a quince años, ha llevado a cabo políticas que van en contra del interés de la minoría de empresarios. La sustancia de estas políticas queda resumida en los dos puntos siguientes:

Debido a reiterados aumentos de impuestos y derechos, las ganancias -sobre todo las ganancias importantes- han sido reducidas continuamente, y los alicientes para los empresarios se han debilitado.

Los empresarios han sido encerrados en camisas de fuerza, cuya tela está tejida con centenares de reglamentaciones estatales, camisas que los han privado de aquel margen de maniobra, sin el cual no pueden funcionar. Y las camisas fueron continuamente “mejoradas” con controles cada vez más estrictos.

Desde finales de los años 60, los gobiernos occidentales han venido creando nuevas regulaciones a un ritmo cada vez mayor. Detrás de todas estas leyes que imponen impuestos cada vez más elevados y controles cada vez más estrictos a los empresarios, hay indudablemente un factor de envidia. Los empresarios exitosos pueden ser personas opulentas con altos ingresos y tren de vida llamativos. Esta pequeña minoría de personas pasa a simbolizar el conjunto de la clase empresarial, mientras que la mayoría que tiene ingresos moderados pasa desapercibida. Referente a las posibles consecuencias económicas de la envidia, Ludwig von Mises dijo una vez:

Mucha gente es completamente incapaz de manejar el fenómeno de la ganancia empresarial sin sentir envidia. En sus mentes, la fuente de la ganancia es la explotación de asalariados y consumidores... La ciencia económica se conforma con establecer el hecho de que las ganancias y pérdidas empresariales son fenómenos esenciales de la economía de mercado, no puede haber una economía de mercado sin ellos. Naturalmente, el Estado puede confiscar todas esas ganancias. Pero semejante política necesariamente convertiría la economía de mercado en un caos absurdo. No cabe duda de que el hombre tiene el poder de destruir muchas cosas, y durante la historia de la humanidad ha utilizado ampliamente esta facultad. Podría destruir la economía de mercado también.

Tal vez se puede formular una "ley" económica sobre la envidia. Una sociedad, cuyos miembros son demasiado envidiosos para proteger los derechos de los que tienen éxito, carecerá de los recursos para respaldar a los que fracasan.

Independientemente de las fuerzas que animan las políticas llevadas a cabo, las mayorías que están en el poder parecen estar completamente inconscientes de que sus políticas puedan implicar opresión para el grupo minoritario de empresarios. Sencillamente nunca se les ha ocurrido esta idea. Las decisiones fueron tomadas por mayorías gubernamentales mediante un proceso de "orden democrático". Por lo tanto, no es sorprendente que los poderes reales de los últimos tiempos no hayan sentido ninguna responsabilidad por la crisis económica que sus políticas aniquiladoras de incentivos han producido. Su ingenuidad a la hora de encontrar pseudoexplicaciones y chivos expiatorios es impresionante. Esta ceguera es totalmente cónsona con patrones psicológicos establecidos. Todos los opresores y explotadores de la historia parecen haber sido personas que vivían en la conciencia tranquila, dormían bien de noche, personas firmemente convencidas de su "justicia" y los efectos benéficos de sus políticas. Pero más sorprendente es el hecho de que las víctimas son igualmente inconscientes de las verdaderas implicaciones de las políticas aplicadas; no se sienten oprimidas ni explotadas.

Consideran la sociedad en la que viven, junto con sus instituciones, como parte del "orden natural", y como todos los ciudadanos, están indoctrinados para aceptar sus leyes y políticas. Según la historia de las sociedades feudales, los siervos y los esclavos no se sentían tampoco oprimidos o explotados. Generalmente, veían en la servidumbre y la esclavitud sistemas

sociales naturales. Israel Kirzner ha observado esta inconciencia típica en muchos contextos, y en su libro *Percepción, Oportunidad y Utilidad*, lo describió de la manera siguiente:

Un significado más amplio del sentido de libertad, y de su pérdida, permite que sea totalmente plausible que la supresión de ella pueda afectar a individuos sin que se den cuenta, o incluso sin que nadie se dé cuenta – incluyendo a los científicos sociales que observan la realidad- de que su bienestar ha sido afectado por esta supresión. Ya no es una condición necesaria para la existencia de la pérdida de libertad que esta pérdida sea percibida.

A raíz de esta inconciencia, a las mayorías que ejecutan o apoyan políticas parasíticas les cuesta identificar las verdaderas causas de los problemas, cuando llegan finalmente la reacción violenta y la "retribución". Tenemos un ejemplo de esto en la situación de Polonia, donde la población urbana, incluyendo a los trabajadores industriales, pide continuamente comida barata, y, de ese modo, apoya las políticas parasíticas del gobierno contra los campesinos. Cuando ya estuvo evidente que había una grave escasez alimenticia, se puso tapaojos al pueblo y los polacos empezaron a culpar sistemáticamente a las víctimas -los campesinos- por esta escasez.

Así mismo, las políticas parasíticas organizadas contra los empresarios en Occidente han gozado del apoyo continuo de los asalariados y sus sindicatos es decir, la mayoría de la población que padece ahora las consecuencias inevitables de la reducción de la producción, la baja del nivel de vida, y el aumento del desempleo. Los mismos mecanismos psicológicos, los mismos tapaojos, están impidiendo a este sector de la población ver y reconocer su propia responsabilidad. En cambio, acusan a las víctimas, los empresarios, de indolencia y mala voluntad para invertir. Cuando la situación económica empeoró, hasta el punto de obligar a los empresarios a despedir a empleados o hasta cerrar sus empresas, fueron tildados de malos administradores carentes de responsabilidad social.

Los socialistas de Occidente, que son los más ardientes defensores de estas políticas parasíticas, interpretan la crisis actual como una prueba decisiva de que la empresa privada es incapaz de administrar la producción y el empleo, que el capitalismo está en la bancarrota, que es un sistema que ha llegado a su última crisis, a un paso de formar parte del museo de la historia.

"En vez de recrear un clima empresarial favorable restaurando la libertad económica, las mayorías que están en el poder han tratado de estimular la industria asignando enormes cantidades de fondos públicos a las empresas en dificultades. Pero tratar de reanimar una industria estancada inyectándole subsidios estatales, es un poco como remolcar un automóvil creyendo que el desplazamiento será de por sí suficiente. Pero hasta que el motor no haya sido reparado, no se puede esperar que el automóvil funcione".

## LA REDISTRIBUCIÓN DE LOS EMPLEOS EXISTENTES

Se debe reconocer que los grupos occidentales que están en el poder han hecho todo lo que está a su alcance para aumentar la oferta de empleos, a fin de eliminar el desempleo. Pero pese a enormes inversiones y subsidios estatales a favor de empresas en dificultades “que acarrearón enormes déficits presupuestarios” el desempleo ha resultado ser totalmente insensible a estas panaceas. Prácticamente inmune a estos medicamentos, la enfermedad no ha hecho sino extenderse, alcanzando proporciones tales que en la mayoría de los países occidentales hoy en día, es correcto hablar de desempleo masivo.

Naturalmente, los médicos económicos defienden su fracaso recurriendo al argumento clásico de los médicos en medicina que han fracasado. Dicen que, si no hubieran aplicado los tratamientos que recomendaron, la enfermedad hubiera sido peor aún. No obstante, los políticos buscaron desesperadamente chivos expiatorios, a quienes poder atribuir la responsabilidad; después de mucho buscar, dieron con uno y lo bautizaron “cambios estructurales de largo alcance”. Examinando al culpable de cerca, se llegó a la conclusión de que no era sino el famoso “desempleo tecnológico” inventado por Marx y utilizado por última vez en los años 30. Este concepto corresponde a la idea de que, a medida que las máquinas sustituyen a los trabajadores, el desempleo va creciendo. Durante un período de desempleo masivo, parece que la mayoría de la gente considera esta explicación como plausible.

Durante la Segunda Guerra Mundial y las décadas siguientes que conocieron una situación de pleno empleo, este tipo de explicaciones no era necesario, y entonces el “desempleo tecnológico” de Marx fue engavetado como un concepto pasado de moda. Pese a la creciente producción de máquinas sofisticadas, capaces de reemplazar a cada vez más trabajadores, este espectacular desarrollo tecnológico no impidió el pleno empleo durante las tres décadas comprendidas entre 1940 y 1970. Y durante este largo período, el pleno empleo era producto de las fuerzas del mercado, porque las intervenciones gubernamentales eran muy pocas.

A principios de los años 70, el fantasma del desempleo tecnológico seguía engavetado, pero, a finales de esa década, y particularmente durante los años de desempleo masivo de los ochenta, este viejo concepto fue resucitado y aceptado por todo el mundo como una explicación lógica del desempleo. Después de todo, este chivo expiatorio había servido durante más de un período de desempleo, el primero de ellos siendo durante las primeras décadas de la revolución industrial en Gran Bretaña. La nueva máquina de hilar y la lanzadera mecánicas constituían milagros tecnológicos. Un solo trabajador por máquina de hilar podía producir la misma cantidad de hilo que doscientos trabajadores caseros que utilizaban tornos de hilar a mano. Los trabajadores caseros desempleados se sintieron tan asustados y desesperados que atacaron a centenares de fábricas y destruyeron las máquinas.

Desde una perspectiva de largo alcance su temor y su malestar no eran justificados. De hecho, el nivel de empleo en la industria algodonera británica aumentó de 40.000 en la década de 1750 a 800.000 en los años 1830. Y este

aumento ocurrió pese a las máquinas sofisticadas, pese a su número creciente, y pese al hecho de que se habían tornado cada vez más eficientes y “economizadoras de trabajo”.

Desde el siglo XVIII, la excusa del “desempleo tecnológico” ha asomado varias veces la cabeza, y sus defensores cada vez hicieron hincapié en que las máquinas eran mucho más modernas y eficientes “esta vez” de lo que habían sido las veces anteriores. En los años ochenta, estos “Casandras” acusan a la nueva electrónica y a los robots que, según ellos, sustituirán a multitudes de trabajadores y crearán un desempleo masivo cada vez mayor con el pasar del tiempo.

Los escépticos podrían hablar de Japón, país que ha invertido en electrónica, computadoras y robots, más generosamente que cualquier otro país y que, sin embargo, sólo ha padecido de una baja tasa de desempleo. O podrían mencionar a la “pandilla de los cuatro”, los países milagrosos del Extremo Oriente -Singapur, Hong Kong, Taiwan y Corea del Sur- que han invertido todos en sistemas de libre mercado y climas empresariales favorables.

El desarrollo tecnológico que ha ocurrido desde el siglo dieciocho es presentado actualmente como un cambio estructural fundamental, que necesariamente va a provocar la sustitución de trabajadores por máquinas, privar cada vez más ciudadanos de sus empleos, y crear más desempleo. Y, finalmente, este cambio debe necesariamente producir una nueva sociedad de clases, constituida de una clase privilegiada cada vez más reducida, la que posee los empleos, y una clase pobre creciente, un proletariado sin empleos.

Es muy natural que la gente que cree en esta horrible visión del futuro se sienta indignada, y pida que la clase privilegiada, en nombre de la justicia e igualdad, comparta su abundancia con los desempleados. Los que trabajan ocho horas diarias deberían, digamos, conformarse con seis. Las dos horas sacrificadas podrían ser distribuidas entre los que no tienen empleo. Esta política es precisamente la que ha aplicado el gobierno de Mitterrand en Francia. Ha reducido la semana laboral de 40 a 39 horas -se ha planeado y prometido una nueva reducción de 39 a 35 horas-; ha aumentado el período de vacaciones anuales de 4 a 5 semanas; y ha bajado la edad de jubilación de 65 a 60 años. Pese a estas reformas redistribuidoras, el desempleo no ha hecho sino incrementarse constantemente desde que Mitterrand asumió el poder.

Es que este tipo de razonamiento contiene un error básico. Este error consiste en pensar que existe una reserva de empleos, como si fuera un recurso natural renovable, y que estos empleos pueden ser distribuidos como lo desee el equipo que esté en el poder. Los economistas distinguen cuidadosamente entre existencia y flujo. Los empleos disponibles en un país no son una existencia, sino un flujo, creado continuamente por empresarios y productores, cuyo volumen depende en todo momento de la situación ecológica prevaleciente, la oferta de incentivos.

Desde la revolución industrial en el siglo dieciocho, la semana laboral en los países de desarrollo industrial ha sido progresivamente reducida de seis a

cinco días, y la jornada laboral de doce a siete u ocho horas. A medida que va elevándose el nivel de vida, la gente suele estar dispuesta a sustituir horas de trabajo por horas de esparcimiento, sacrificando parcialmente aumentos salariales. El sueño de trabajar menos es viejo como la humanidad. En 1516, Thomas More en su libro Utopía abogaba a favor de jornadas laborales de seis horas y la igualdad entre los sexos en el mercado laboral.

En un país como Estados Unidos, la reducción de la semana laboral se ha producido casi completamente como resultado de una libre negociación entre los empleadores y los empleados. En un país como Suecia, esta evolución ha sido controlada por el gobierno. El proceso tecnológico y la utilización de máquinas eficientes “economizadoras de trabajo humano”, fue lo que permitió que una misma cantidad de trabajadores aumentara la producción de bienes, y, de ese modo aumentara progresivamente el nivel de vida. Las mejoras de la productividad fueron tales, que los trabajadores pudieron darse el lujo de gozar de más tiempo libre. Sin embargo, hay que recalcar que los acuerdos entre empleadores y empleados referentes a la reducción de la semana laboral, rara vez fueron percibidos como medidas para crear más empleos. La reducción de la semana laboral tenía por objetivo sólo permitir un mejor nivel de vida. La reducción de la semana laboral como método para crear más empleos -mediante la división y la redistribución de los empleos existentes- caracterizó sólo aquellos períodos de la historia, en los que existía un alto índice de desempleo, como fue el caso en los años 30 y lo es en los ochenta. Las personas que buscan resolver los problemas fundamentales de desempleo mediante la redistribución de empleos existentes se darán cuenta inevitablemente de que, cada año, no sólo habrá cada vez menos empleos que redistribuir, sino que habrá también cada vez menos bienes que consumir.

Según Marx y sus seguidores modernos, el progreso tecnológico, que recurre a máquinas sofisticadas y eficientes tiene necesariamente que producir un índice cada vez más alto de desempleo. El aumento constante del desempleo, más la agravación constante de las crisis económicas debían necesariamente, según Marx, provocar una crisis final que conllevaría el derrumbe total del sistema capitalista. De las cenizas de este sistema surgiría, como una ave Fénix, una sociedad socialista.

Las teorías keynesianas sobre el desempleo, que fueron lanzados en los años 30 de este siglo, resultaron muy parecidas a las teorías marxistas. Ni Marx ni Keynes creían que el sistema capitalista, con su sistema de libre empresa y libre mercado, podría producir una situación de pleno empleo. Pero, mientras Marx creía en -y esperaba- una catástrofe final que hundiría este sistema, Keynes esperaba que pudiera salvarse. Para él, el único salvador posible era el gobierno, el cual, mediante préstamos -financiamiento por déficits públicos- podría superar la situación natural de subempleo recurriendo a proyectos de vastas obras públicas.

Para los socialistas convencidos, la visión apocalíptica de Marx constituía una teoría optimista, que correspondía bastante con sus sueños y esperanzas. Sin embargo, para los partidarios del capitalismo, esta teoría era pesimista. Para ellos, la teoría del empresariado ofrecía una alternativa optimista, una



teoría que refutaba la posibilidad del desempleo tecnológico. La oferta de ahorro, la inversión, y el capital, no son, según esta teoría, factores determinantes para la producción y el empleo. Esta teoría estipula que se debe dar un paso más en la cadena de causas, precisando que es la oferta de incentivos para la producción y el clima empresarial los verdaderos factores determinantes. Son ellos lo que afectan la tasa de ahorro y de inversión y, por ende, el nivel de empleo.

“Las experiencias históricas -especialmente las vividas en períodos “milagrosos” descritos en secciones anteriores de ese libro demuestran que los climas empresariales favorables, que estimulan la libertad económica, así como los incentivos adecuados para la producción, siempre han permitido crear situaciones de pleno empleo”.

Si aceptamos la conclusión, según la cual las raíces del desempleo masivo actual estriban en las políticas destructoras de incentivos, llevadas a cabo durante los últimos diez a quince años por los gobiernos de los Estados benefactores de Occidente, tenemos también que aceptar la conclusión de que el pleno empleo puede ser restaurado en cuanto las políticas destructoras de incentivos sean reemplazadas por políticas productoras de incentivos -es decir, en cuanto el clima empresarial desfavorable de la actualidad sea sustituido por el que predominaba en los años sesenta.

## **EMPRESARIOS Y EMPLEADOS**

Una de las características fundamentales de un sistema de libre mercado es el equilibrio de poder que existe entre las dos partes del mercado, los vendedores y los compradores. La libertad contractual y la libertad de precios garantiza que una parte no imponga sus condiciones a la otra. Toda transacción y cualquier colaboración deben ser voluntarias.

En los sistemas de libre mercado, los precios libres se adaptan a cualquier cambio en la oferta y demanda, de modo que se mantiene una situación de casi equilibrio de mercado. Puesto que las adaptaciones de precio no son abruptas, sino que ocurren después de cierto período de desfase, aún en los sistemas de libre mercado se puede observar desviaciones menores del punto de equilibrio. En determinados momentos, la oferta puede ser caracterizada como “abundante”, en otros momentos como más “escasa”. Pero en los sistemas de libre mercado, estas desviaciones son siempre limitadas.

En cuanto los gobiernos interfieren en el mercado y aplican sus leyes coercitivas para fijar los precios o decidir sobre condiciones especiales para la producción, el consumo o la distribución, el equilibrio del mercado es trastocado. La única excepción es cuando el gobierno fija los precios o decide de las condiciones que se hubieran dado espontáneamente en el mercado. Si los precios son fijados debajo del nivel del mercado, los incentivos al consumo se fortalecerán. Esto provocará una situación de escasez, como ha ocurrido y sigue ocurriendo con los alimentos en los países socialistas. Si los precios son

fijados por encima del nivel del libre mercado, los incentivos a la producción se fortalecerán y los incentivos para el consumo bajarán. Esto creará un excedente, como el que existe con los productos alimenticios en los países capitalistas.

En cuanto se trastoca el equilibrio entre la oferta y la demanda, el equilibrio de poder entre los vendedores y los compradores se encuentran en una posición débil para negociar, mientras que, en una situación excedente, su posición se fortalece para negociar. Un mercado donde hay escasez es un mercado que favorece a los vendedores, mientras que un mercado donde hay escasez es un mercado que favorece a los vendedores, mientras que un mercado donde hay excedente es un mercado que favorece a los compradores.

Un mercado laboral azotado por el desempleo es un mercado donde existe un excedente de mano de obra, un mercado donde los que venden su fuerza de trabajo, los asalariados, se encuentran en una posición negociadora débil en relación a los compradores, que son los empleadores. Los beatiposidentes que tienen empleos, están demasiado conscientes de las dificultades para los desempleados, y por lo tanto se aferran a sus empleos aceptando condiciones y tratos que nunca aceptarían en un mercado laboral donde existe pleno empleo. Así mismo, los desempleados en un mercado laboral que ofrece pocos empleos tienen que aceptar salarios y condiciones que nunca aceptarían en un mercado laboral equilibrado. Naturalmente, los empleadores, que tienen la posibilidad de elegir entre largas filas de candidatos, están en una situación de fuerza. Los empleadores son compradores de trabajo, y un mercado laboral donde reina el desempleo es un mercado que favorece a los compradores.

Los grupos que están en el poder y que, mediante políticas destructoras de incentivos, han creado una situación de desempleo, se sienten presionados por un electorado enfurecido para que traten de restaurar el equilibrio de poder entre vendedores y compradores en el mercado laboral. La presión política sobre los gobiernos puede ser fuerte y apremiante. Ya que controlan las riendas del gobierno, estos grupos en el poder recurren inevitablemente a un aparato de coerción, esperando solucionar el problema a través de nuevas leyes.

En Suecia, el gobierno social democrático promulgó en 1974 leyes de seguridad laboral, según las cuales un trabajador sólo podía ser despedido si la empresa estaba en bancarrota u obligada a reducir su nómina para sobrevivir. A través de estas leyes, el gobierno intentó aumentar la seguridad para la clase privilegiada del mercado laboral, que ya tenía empleos. Pero estas leyes empeoraron la situación de la clase desfavorecida, el proletariado de los desempleados, porque los empleadores estaban renuentes a contratar a personal nuevo. En caso de que un nuevo empleado no se mostrara idóneo para el empleo, el empleador no tendría razones suficientes para despedirlo. Por lo tanto, era mejor no contratar a nadie.

El objetivo de estas nuevas leyes fue el garantizar una mayor seguridad laboral a los empleados, una ventaja obtenida a costa de los empleadores.

Una mayor seguridad para los empleados significó menos seguridad para los empleadores. Y una ley que negara seguridad a los empleadores, significaba una ley que ahogaría los incentivos a la producción, produciría aún más desempleo, y, entonces, socavaría aún más a los asalariados. Los remedios gubernamentales destinados a curar, no hacían sino agravar el mal del paciente.

Examinemos finalmente la situación de los empleados en un mercado laboral con pleno empleo, un mercado donde hay escasez de mano de obra, un mercado que favorece a los vendedores. Este tipo de mercado es la situación ideal para los que buscan empleo, pues su dilema no consiste en encontrar un empleo, sino en escoger entre varias opciones. En un mercado como éste, tanto los empleados como los que buscan empleo están muy conscientes de su fuerte posición negociadora, no son inferiores a la dirección, sino que son indispensables. En un mercado como éste, el empleador debe escuchar las quejas y sugerencias de sus empleados y deber tratar de satisfacerlas. Un empleador que se niega a, o no puede, hacer esto, se encuentra muy rápidamente sin empleados y sin empresa. En un mercado donde hay un alto índice de empleo, un empleador que viola leyes de seguridad laboral escritas se arriesga a sanciones como multas o hasta encarcelamiento; en un mercado donde hay pleno empleo, un empleador que viola leyes tácitas del mercado, negándose a satisfacer peticiones razonables de sus empleados, se arriesga a perder completamente su empresa.

El pleno empleo es posible solamente en los países que garantizan a los empresarios entornos favorables. Este tipo de política favorece no solamente a los empleadores, sino también a los empleados, ya que ambos necesitan sentirse tranquilos y satisfechos.

Ninguna ley puede promover una seguridad laboral comparable a la de los países que gozan de pleno empleo. Los empleados en los mercados laborales libres, que gozan de altos índices de empleo, viven con una mayor libertad, igualdad y dignidad humana que en cualquier otro sistema.

## **LOS AGRICULTORES DE OCCIDENTE**

Los agricultores son productores particularmente importantes. La gente puede prescindir de productos industriales si es necesario, pero no de los alimentos y, por ende los agricultores son indispensables. Sin embargo el agricultor es un empresario y depende tanto de un entorno económico favorable como cualquier otro empresario. Cualquier sociedad que no ofrece a sus agricultores suficientes incentivos de producción, se enfrentará inevitablemente con graves problemas.

La revolución agraria al igual que la revolución industrial, fue desencadenada por entornos empresariales favorables. En muchos países, los campesinos tuvieron la oportunidad de salirse de viejos sistemas de producción colectivos a nivel de pueblo, para convertirse en agricultores independientes,

totalmente dueños de su tierra. Cuando los agricultores se liberaron, sus fuerzas creadoras fueron liberadas también empezaron a experimentar con nuevos métodos de cultivo y con plantaciones y crianzas de animales selectivas. Cuando estos pioneros resultaron exitosos, las masas pasivas los siguieron.

Un aumento milagroso de la productividad empezó, y fue reflejada por la reducción constante de la fracción de mano de obra empleada en la agricultura. Mientras que en los países pobres sin desarrollo industrial, alrededor de 90 por ciento de la fuerza laboral debe concentrarse en la agricultura, a fin de cubrir las necesidades alimenticias de la población, hoy en día, en los países altamente desarrollados como Estados Unidos y Suecia, sólo 5 por ciento de la fuerza laboral trabaja en la agricultura. Y estas estadísticas son aún más impresionantes, cuando sabemos que más de la mitad de este 5 por ciento corresponde a cultivadores a medio tiempo que también trabajan regularmente fuera de la agricultura, por lo que la cifra neta es en realidad de 3 a 4 por ciento. Sin embargo, para llegar a una percepción realista del porcentaje de nuestra fuerza laboral que trabaja en la producción alimenticia, deberíamos sumar a los trabajadores de las industrias, que producen artículos como máquinas, abonos, y construcciones para granjeros. Esta cifra global para la fuerza de trabajo agrícola en Estados Unidos o Suecia, incluyendo a la vez la agricultura y sus infraestructuras, alcanzaría a 5 por ciento de la población.

El hecho de que este pequeño porcentaje haya logrado producir suficientes alimentos para las necesidades internas, así como cantidades sustanciales para la exportación, representa una eficiencia productiva extraordinaria. Mucha gente se pregunta cómo esto ha sido posible en estos dos países donde, desde los años 30 de este siglo, la agricultura ha estado sometida a importantes reglamentaciones gubernamentales. En los países socialistas, después de todo, las reglamentaciones gubernamentales han tenido consecuencias fatales para la eficiencia productiva en la agricultura. Y hay que agregar que muchos países capitalistas -como Canadá- tiene agricultores altamente eficientes, que producen muchos excedentes para la exportación, pese a que el suelo y el clima de su país están lejos de ser ideales. ¿Cómo se puede relacionar estos resultados con la teoría del empresariado, y compararlos con el fracaso socialista presentado en este libro?

Los empresarios en los países occidentales funcionan como un motor que propulsa la producción, el crecimiento y el empleo. Para que el motor funcione es necesario que exista un entorno favorable constituido de incentivos y recompensas. Entonces la pregunta es la siguiente: ¿Han tenido los agricultores norteamericanos y suecos un entorno favorable?. Pese a que los precios de los productos agrícolas en Estados Unidos y Suecia, así como en los países socialistas, han sido fijados por los gobiernos, las consecuencias de este hecho han sido totalmente diferentes en ambos casos. En los países socialistas, los gobiernos, al establecer los precios por debajo del nivel del mercado, han utilizado el control de precio como instrumento de explotación contra los campesinos -instrumentado y complementado por las ventas obligatorias a las agencias de compras estatales. En los países occidentales los gobiernos, al fijar los precios por encima del nivel del mercado, han utilizado

al control de precios como un instrumento para favorecer y proteger a sus campesinos -instrumento complementado por barreras arancelarias protectoras, a fin de impedir la competencia de productos alimenticios importados. Dentro de un marco de precios controlados por el gobierno, pero favorables, y un sistema de protección gubernamental contra la competencia extranjera, los campesinos han podido, en realidad, funcionar como empresarios libres gozando de incentivos tan fuertes, que a la vez trabajaron duro y desarrollaron su potencial creativo.

El éxito productivo de la agricultura occidental no es nada más y nada menos que el resultado de incentivos. Esto no significa en absoluto que los agricultores occidentales se consideren como un grupo privilegiado. Por el contrario, suelen expresar descontento por los precios fijados y las condiciones concedidas. Como trabajan en una industria regulada, están obligados a depender de la buena voluntad del gobierno y, por supuesto, quieren más de lo que tienen. Además, hay que decir que el agricultor de los países democráticos de Occidente goza de la libertad, que le permite organizar poderosos grupos de presión y participar en actividades parlamentarias políticas; naturalmente, han recurrido al máximo a estas posibilidades.

Queda una última interrogante: ¿Por qué los grupos en el poder en los países socialistas explotan regularmente a sus campesinos -y perjudican a la producción-, mientras que los grupos en el poder en los países capitalistas conducen regularmente a sus campesinos entornos favorables, para su mayor beneficio?. Es difícil dar una respuesta exhaustiva a esta interrogante. Pero es claro que el socialismo (con el control centralizado de la producción) está basado en el parasitismo, mientras que el capitalismo (con libre mercado) está basado en la simbiosis. En los países socialistas, los grupos en el poder tratan de conceder privilegios a sus miembros en detrimento de los grupos, ajenos a ellos, que son explotados; en los países capitalistas, el equilibrio de poder entre las partes es garantizado por el libre mercado, y la explotación es imposible.

Desde luego, los grupos en el poder en los países capitalistas pueden utilizar el aparato político coercitivo para explotar a grupos ajenos a ellos -por ejemplo, empresarios industriales- imponiéndoles impuestos y reglamentaciones estatales. En realidad, esta explotación ha constituido una tendencia en los últimos años, y esto ha perjudicado la producción, la acumulación de riqueza y el empleo. Pero hasta ahora, los grupos en el poder han podido, por lo general, resistir a la tentación de explotar al agricultor, al empresario agrícola. Sin embargo, para las mayorías en el poder, que están ansiosas por suministrar alimentos baratos a sus electores -junto con otros privilegios-, la tentación de explotar a un grupo cada vez más reducido que representa pocos votos debe ser fuerte. Hasta ahora, han resistido a la tentación. Pero, ¿por cuánto tiempo será así?.

## **EL CAPITALISMO Y EL FUTURO**

Como se ha recalcado anteriormente, un grupo que logra conquistar el poder político está tentado de utilizar este poder para otorgar privilegios a sus propios defensores, en detrimento de otros. La historia confirma que esta actitud política ha sido general. En las dictaduras -bien sea feudales, fascistas, o socialistas- el poder es regularmente utilizado no sólo para oprimir, sino también para aterrorizar y perseguir a los oponentes, disidentes, y otros grupos externos al poder. La historia demuestra además, que los grupos oprimidos y perseguidos que logran alcanzar el poder político, pueden transformarse a su vez en opresores y perseguidores.

La minoría cristiana, oprimida y perseguida durante los primeros siglos de la llamada era cristiana, se convirtió finalmente en una mayoría en el poder, una mayoría que persiguió cruelmente a los disidentes religiosos o herejes. Y después de tomar el poder en 1917, los socialistas otrora oprimidos y perseguidos de la Rusia zarista, pasaron a ser de un día para otro los brutales opresores de la Unión Soviética.

Aparte de que en los Estados democráticos, hay mayor respeto por la vida humana, los patrones de conducta política básicos son los mismos. Los grupos que llegan al poder utilizan este poder para otorgar privilegios a los que gozan de su favor y que los favorecen. Y en todo tipo de Estado, los que están en el poder llevan a cabo sus políticas con la mejor conciencia posible. Firmemente convencidos de que sus políticas son justas y útiles.

Los patrones de conducta política descritos aquí son fundamentales para entender la crisis económica actual de Occidente. Las mayorías políticas que, desde finales de los sesenta, han llevado a cabo políticas que ha erosionado el clima empresarial, políticas que, en los años setenta, han desencadenado una grave crisis económica, estuvieron todos completamente inconscientes de las consecuencias de sus políticas. Si una persona debido a sus hábitos -por ejemplo, el abuso de drogas- se enferma, no puede curarse hasta que se dé cuenta de la relación de causa-efecto entre sus hábitos y su enfermedad.

“El problema de la crisis actual es que hasta ahora, ni los políticos que son responsables por la crisis, ni las víctimas de sus políticas, los empresarios, han tomado conciencia de las causas”.

Sin embargo, una pequeña, pero creciente, minoría ha empezado recientemente a comprender la relación entre las políticas llevadas a cabo y la crisis actual. No sólo se están propagando ideas neoliberales y neoconservadoras, sino también ideas derivadas de la nueva filosofía del empresariado. Obviamente, ya ha llegado la hora de la reacción. Aún en Francia, con su gobierno socialista-comunista actual, Laurent Fabius, un hombre pragmático defensor de los empresarios, fue nombrado Ministro de Industria en 1983, reemplazando a Jean-Pierre Chevenement, un izquierdista adversario de los empresarios; este cambio ha tenido importantes efectos sobre las políticas industriales.

En Suecia, Thage Peterson, un socialdemócrata y Ministro de Industria, declaró en 1983:

En los últimos años el movimiento laboral ha empezado a apreciar el valor de climas empresariales favorables y la concesión de dividendos decentes a los que invierten su tiempo y energía en empresas propias. El movimiento laboral sueco no sólo está a favor de la industria, sino también a favor del empresario.

Pese a que la mayoría de los empresarios replicaría que no ha percibido en la práctica este nuevo clima de comprensión esta declaración es notable y sintomática de los efectos de las ideas nuevas. Sólo hace un par de años no se podía imaginar a alguien que dijera que está a la vez a favor de la industria y a favor del empresario. Pero durante estos años de crisis, la gente ha empezado a entender el valor de los empresarios y su influencia sobre la producción, los niveles de vida y el empleo. Por fin la gente se está dando cuenta de que los empresarios constituyen un recurso único que necesitamos con urgencia.